

tólico le es permitido defender su religion, al letrado su parte en justicia, al buen amigo el honor de otro amigo que vacila en una lengua mordaz ó equivocada, y á cada uno sus derechos cuanto pueda. Ningun empeño, ninguna diligencia está de mas en estas ocasiones; y ya bien entenderás que no te he hablado de este género de disputas.

El consejo es de diferente naturaleza, aunque muchas veces concurra al mismo fin que la disputa mas bien sostenida; porque el consejo es el parecer que se da, ó se debe dar siempre por el bien de otro, desnudo de todo vil interés, y regularmente seguro. Si yo aconsejo, v. gr., á tu hermana que no castigue á su hija con crueldad y que no la consienta con melindre, es por su bien, no tengo en ello ningun particular interés, y mi consejo es de los mas seguros. ¿Me has entendido? ¿estás satisfecha de que no hay contradiccion entre dar un buen consejo y huir una disputa impertinente?

Lo estoy, dijo Matilde: te he entendido perfectamente: y ¿cómo no te he de entender si esplicas con tanta claridad lo que me enseñas? Pero ya que me he instruido, voy á que te traigan tu gala —¿Qué cosa?— Tu chocolate, pues es hora de que lo tomemos. Ya vuelvo. Aquí concluyó esta sesion, y tambien el capítulo sexto.

## CAPITULO VII.

*En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y una conversacion que tuvo con su esposa.*

¡QUE feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo, y la dulzura con que este le inspiraba sus máximas morales, prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad.

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfia en cultivar en su hija los talentos naturales que tenia, y los sanos principios que le inspiraban.

La niña, por fortuna, correspondia con docilidad á los conatos de sus padres, y así es que en poco tiempo supo leer con bastante regularidad, conocia el valor de las letras, sabia lo que eran sílabas y palabras, y que estas formaban los periodos.

Como su padre y su maestra le habian hecho advertir cuánta utilidad y ventaja resulta de leer bien, y que esto no se consigue sino evitando el sonsoneo y atropellamiento, y acostumbándose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuacion, ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con teson, y lo logró muy fácilmente.

Casi con igual facilidad aprendió á escribir, porque su padre le franqueaba papel, recado de escribir y buenas muestras, para que á la hora que quisiera, se pusiera á pintar sus garabatos á su antojo.

Como esto no tenia para ella cara de leccion, ni advertia ninguna forma de enseñanza, lo tomó por juguete y en un instante perdió el miedo á la pluma, se fué acostumbrando á su uso, y sin que nadie la violentara, ella misma trataba ya de imitar las letras de las muestras.

Cuando su padre la observó tan bien dispuesta, le hizo ver las ventajas de la escritura, y cuán necesario y útil era poseerla con la posible perfeccion. Pero esto lo hizo acercándose un dia á la mesa á tiempo que ella estaba garabateando, y diciéndole: Mira como ya vas imitando, aunque mal, las letras de las muestras. No hay dula, tú no eres tonta, y eres capaz de hacer lo que quisieres con tus manos. *¿Qué, te gusta escribir?—Si papá.—Pues mas te gustará cuando sepas qué gran cosa es la escritura.*

El saber escribir, ó la invencion de este arte nobilísimo, es una cosa prodigiosa, necesaria á todo racional, utilísima sobre toda ponderacion y de todas maneras admirable, pues se puede tener por una magia, cierta y lícita entre los hombres. Si, hija querida, la pluma bien dirigida sobre el papel, hace tales cosas, que á no saber el modo, se tendrian por

milagros ó hechicerias. Ella resucita á los que han muerto miles de años hace, y nos los pone entre las manos, para que nos instruyan y conversen con nosotros: ella nos facilita pasear seguramente por el mundo, y que sin movernos de un lugar, sin tener que erogar gastos ni sufrir incomodidades de caminatas, registremos todos los ángulos descubiertos de la tierra, veamos las situaciones de los reinos, sus mejores ciudades, sus templos, palacios, calles, edificios y paseos; que sepamos el número de habitantes que los ocupan, cuáles son sus costumbres, religion, y gobierno, leyes, modas, enfermedades y remedios: ella, inventada no solo para esto, hace que subamos á los cielos, que volemos por sus esferas; que indagemos el movimiento de los astros, el curso de los planetas, la velocidad de sus giros, los rios, mares, montes y valles de la luna, las manchas y humaredas del sol, y hasta el peso de las estrellas: ella nos facilita la comunicacion con nuestros deudos y amigos ausentes, sin que estorben para oirnos y entendernos, las leguas, los montes ni los mares que se atraviesan entre ellos y nosotros: ella fija en el papel como con un clavo la palabra, que sin su auxilio se escaparia para siempre: ella hace que sean materiales y perceptibles los conceptos espirituales é invisibles: ella nos hace acordar de lo pasado, y prevenir lo futuro: ella afirma y asegura fuertemente las

palabras y contratos de los hombres y los hace cumplir con sus deberes: ella, para no cansarte, es la que hace al hombre religioso, sabio, honesto y moderado cuando se acuerda de sus obligaciones, y la que lo convierte en impío, necio y escandaloso cuando se olvida de ellas, porque la pluma es para todo, según se usa. Con la pluma se alaba á Dios ó se ultraja; se honra la religion ó se deshonorá; se hacen valer las leyes ó se tuercen; se instruye ó se encamina hácia el error; se favorece á los hombres ó se les perjudica; se abren los corazones para el amor, ó se disponen para el odio, y así de todo.

Mira ahora qué cosa tan grande es saber hacer uso de la pluma, cuando se quiere hacer según conviene; y dime si deberá ninguna criatura dotada de razón despreciar este beneficio, y privarse de sus ventajas, solo por ser un tonto y perezoso, que no quiera dedicarse á aprender á escribir.

Así es, papá, decía Pudenciana: muy tonto será el que no quiera saber tantas cosas y poder hacerlas, como usted dice. Pero yo estoy espantada, y deseara saber cómo será eso de resucitar los muertos, pasear todo el mundo, subir al cielo y todo lo que usted me dice, que no entiendo.

Entonces el coronel le explicó el sentido de estas frases, la niña quedó aficionadísima á la pluma, y es-

ta afición le hizo aprender á escribir en poco tiempo.

Cuando ya lo hacia con mas arreglo y sabia usar correctamente de los signos ortográficos, su padre solia valerse de ella, como del amanuense de su confianza para que le escribiera algunas cartas, lo que la niña desempeñaba con gusto, y su papá la celebraba de cuando en cuando con prudencia, estimulándola con estos elogios á que se aplicara mas cada dia.

Todos saben la fuerza con que labra el amor propio sobre nuestros corazones: apenas despertamos de la primera infancia, esta pasión dejándose correr á rienda suelta, constituye el egoísmo y es el fomes de todo género de vicios, así como bien dirigida es el estímulo de las virtudes. El coronel conocia bien la verdad de este axioma, y así alababa lo bueno que veia en su hija, pero de modo que ella se satisfacía con los elogios sin envanecerse, y se tenia como obligada á merecerlos mejor en adelante.

Al mismo tiempo le enseñó su padre á conocer los números, y el valor de las unidades, decenas, centenas y millares, sin descuidarse de que aprendiera de memoria la tabla aritmética comun, y cuando ya entendió esto perfectamente, le hizo ver cuán útil es á las niñas aprender á lo menos las cinco primeras reglas de cuentas, y que es un absurdo dictado por la

mas crasa ignorancia, decir que las mugeres no deben saber cuentas, porque no las necesitan para nada; pues toda niña que algun dia ha de ser señora de su casa, debe saber economizar el gasto, ajustar un criado, tasar las varas de género para sus vestidos y los de sus hijos, y hacer otras cosas que les costaria sumo trabajo sin el recurso de la aritmética.

No ignoraba el coronel, que esta ciencia es harto difícil de comprender en sus principios, especialmente á las mugeres, y así procuró primero hacer ver á su hija su utilidad para escitarle el apetito de aprender.

Un dia le dijo: Mira: los que no saben hacer cuentas, siempre cuentan cuando la necesidad los obliga; pero á mas de que siempre yerran las cuentas que hacen, les cuesta un inmenso trabajo. Al contrario, la persona que sabe valerse de los números hace las cuentas muy fácilmente, y las mas veces las hace bien. Un ejemplo te hará ver la diferencia.

Mira, estas son tres cajitas de fichas de concha: una tiene setenta y tres fichas, otra veintiuna y la última treinta y cinco: ¿dime ahora cuántas fichas tienen las tres cajitas? Seguramente no puedes porque necesitas contarlas una por una, y despues de este trabajo te espones á equivocarte veinte veces.

Pues baya, pon aquí las fichas de la primera caja,

que son setenta y tres, en este modo.....	73
Pon las de la segunda, que son.....	21
Pon las de la tercera, que son.....	35
Una raya así.....	—————

Puestas en este orden, se suman así: tres y uno son cuatro, y cinco, nueve. Pon un número nueve debajo de la raya y al pié de las unidades. Veamos despues lo que importan las decenas: siete y dos son nueve, y tres, doce. Un dos bajo las decenas, y uno que se lleva á la izquierda, ó en el lugar de las centenas ó centenares: y resultan ciento veintinueve fichas en las tres cajas..... 129

Aun hay otro modo de sumar mas pronto, que se llama multiplicar, y es utilísimo. ¿A que no me dices cuántas lentejuelas tienen los arquitos de tu tánico?—¿Cuándo lo he de saber, papá? ¡si tiene un monton!—Pues ahora verás qué fácilmente lo dices, supuesto que sabes muy bien la tabla. Cuenta los arcos que tiene.—Eso ya lo sé: tiene cuarenta y dos.—Muy bien: ahora cuenta cuántas lentejuelas tiene un arquito.—Ya están contadas, son nueve.—Pues suponiendo que todos los arcos son iguales, y que las lentejuelas están puestas en proporcion, de suerte que no haya mas en un arco que en otro, pon de nú-

mero los arcos, que son..... 42

Pon debajo las lentejuelas de un arco..... 9

En seguida una raya así.....

Ahora se multiplica así: dos por nueve son diez y ocho: un ocho bajo de las unidades: Cuatro por nueve treinta y seis, y uno que llevaba, treinta y siete. Pon un siete en el lugar de las decenas, y un tres á la izquierda en el lugar de las centenas..... 378

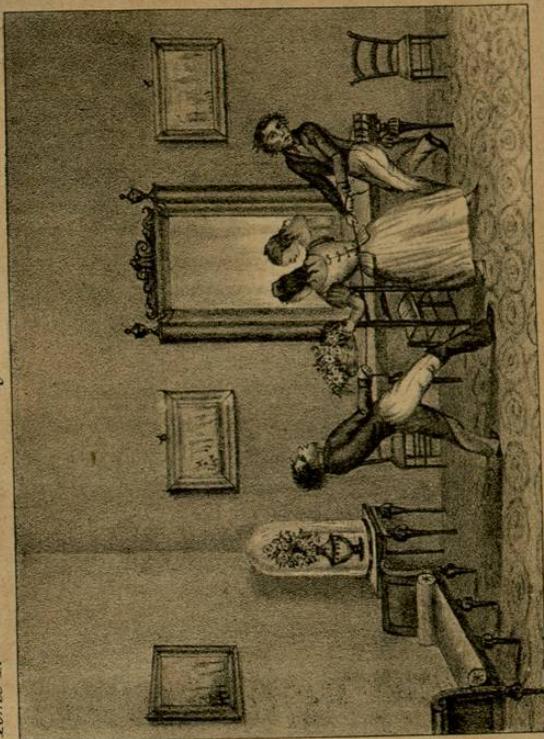
Ya ves en un instante que tu tánico tiene trescientas setenta y ocho lentejuelas, lo que se te hacia tan difícil saber, y lo que hubieras sabido con mil trabajos sin el auxilio de las cuentas.

Le estan útil y necesario á una muger el saber contar, como á un hombre. Muchas mugeres perecen en la miseria solo por ignorarlo, y la esperiencia nos las está señalando con el dedo lo mismo que la causa. ¿Qué se puede esperar de la muger que de la noche á la mañana se halla con un principal que le dejaron ó sus padres, ó su marido, y ella no lo sabe girar ni conservar, porque no sabe hacer cuentas? Es clara la respuesta: busca quien se las haga, casándose ó acomodando un dependiente; y si este ó el marido salen calaveras, lo que no es raro, en dos por tres dan las cuentas del gran capitán, y se queda la muger contando que tuvo coche en tiempo del difunto. Conque así, hijita, procura instruirte ahora

Leam. 6.

S. a. Quiglitov

Tomo 1.º



que eres niña, para que te hagas útil á ti y á otros cuando tengas mayor edad. Ahora es el tiempo de aprender, y es menester aprovecharlo; porque el que de muchacho es flojo y tonto, llegando á viejo, asciende á majadero.

Ya se deja entender, que esta prolijidad no es ociosa en ningun padre de familia, cuando trata de que aprovechen sus hijos. El coronel cuando enseñaba á Pudenciana, procuraba hacerle ver la utilidad que le resultaba de aprender, y al mismo tiempo le quitaba el tono de leccion, tan fastidioso á todo niño, con lo que lograba que aprendiera sin violencia, como aprendió en efecto en poco tiempo á leer escribir y contar con alguna perfeccion, y sin que á él le costara mucho trabajo enseñarla.

Siendo el coronel tan eficaz para instruir á su hija en aquellos principios que son útiles para su felicidad temporal, es creible que no lo sería menos para enseñarle aquellos que son absolutamente necesarios para conseguir la eterna.

Ya se dijo que desde bien pequeña procuró hacerle formar la mas digna idea de su Criador, conformándose con su capacidad, de cuyo empeño no desistió hasta que la consideró bien instruida.

El se valia de cuantos objetos presenta la naturaleza, aun los mas triviales, para elevar su consideracion al Hacedor Supremo. Ya le hacia contemplar

la hermosura del campo en un alegre día de primavera: ya la brillantez del cielo salpicado de luces en una serena noche: ya el espantoso aparato de una terrible tempestad: ya la atracción maravillosa del iman: ya la fragancia de la rosa. . . . . En una palabra, el campo, el cielo, la serenidad, la turbulencia, el hombre, el bruto, la planta, la piedra, las flores, las aves, los peces y hasta los imperceptibles insectos daban materia para instruírlos en el conocimiento de Dios, haciéndoles ver cómo resplandece en sus criaturas su omnipotencia, su sabiduría, su justicia, su misericordia y todos sus adorables atributos.

Después de hacerle ver nuestra miseria, y que nada somos delante del Señor del universo, le hacía reconocer que sin embargo de esta pequeñez, somos sus criaturas predilectas, por quienes crió todos los seres que nos admiran y sirven en la naturaleza; por quienes se hizo hombre y sufrió los ultrajes de los hombres: por quienes murió para abrirnos las puertas del Paraíso, y por quienes hizo el milagro mayor de los milagros instituyendo el augusto sacramento de la Eucaristía, en el que se quedó con nosotros, hasta el último día de los siglos.

Tales eran las sencillas pero utilísimas lecciones que dala á su hija este buen padre, que procuraba tenerla entre el respeto, el amor y el agradecimiento á su Criador. ¡Felices los padres que tienen las

luces y disposición necesaria para instruir á sus hijos, y mas felices los hijos que saben corresponder á las sanas intenciones de semejantes padres!

A la edad de poco mas de siete años, ya sabia Pudenciana de memoria el catecismo, y entendia muy regularmente los principales misterios de nuestra sagrada religion, todo á fuerza del continuo teson con que su padre la enseñaba; pues no tardó mucho tiempo en la amiga, á pesar de la no comun disposición de la maestra; pero apenas aprendió los primeros rudimentos de leer y el catecismo, cuando la sacó de ella, y se tomó él mismo el cargo de enseñarla, como se ha visto.

Estaba mal el coronel con esas escuelas públicas donde se juntan niños y niñas de diferentes edades y educaciones. Sabia con Quintiliano, que la emulación que procede del ejemplo de los condiscipulos, estimula para aprender mas breve; pero no ignoraba que no siempre lo mas pronto es lo mas seguro. Comprendia muy bien la fuerza con que nuestra naturaleza corrompida por el fomes de pecado, nos inclina al mal: que esta pervertida inclinacion se deja percibir en muchos niños bien temprano: que es muy difícil faltan algunos de estos donde hay tantos, y casi imposible que una sola maestra sea un Argos para observar con cien ojos las acciones de todos y cada uno de los muchachos que se confian á su cui-

dado: y de todo esto concluía, que es muy fácil que se corrompa en una casa de estas una criatura, especialmente niña, con el mal ejemplo de los malos.

Un día, hablando de esto con su esposa, le dijo: no te admire que haya dejado á Pudenciana en la amiga tan poco tiempo. En verdad que me ha parecido demasiado, y solo por contemporizar en algo con tu gusto, lo permití. Te aseguro que con solo franquearle la compañía de muchos niños de diversas edades, naturales y principios, por largo tiempo, tendria lo bastante para perder el candor y la inocencia que le procuramos conservar: porque es muy difícil, por no decir imposible, que una criatura sin experiencia, y que aun no sabe hacer buen uso de su razon, se contenga dentro de los límites de lo justo con tal heroicidad, que mirando buenos y malos ejemplos al rededor de sí, adopte los primeros separándose de los segundos.

Toda casa de comunidad, trae sus ventajas y sus desventajas morales á los que las habitan ó las cursan. Ello es una verdad innegable, que el que se acompaña con un justo será justo, y el que se junta con un perverso se pervierte. Es tambien verdad evidente que en dichas casas hay de todo, buenos y malos: pues aquí del temor y la dificultad. ¿Con quién será mas fácil que se adune el niño ó niña inesperto, con los buenos ó con los malos? El que

se acuerde de la corrupcion de nuestra naturaleza, y advierta que los buenos, reprenden y mortifican nuestras pasiones y deseos desordenados, y los malos las adulan, las fomentan, y aun las pretenden justificar con sus ejemplos y palabras, ese que responda á mi pregunta.

Si yo declamara contra la utilidad, y se puede decir necesidad, á lo menos *parcial*, de estas públicas fundaciones; si levantara el grito contra la sana intención de sus piadosos fundadores ó inventores, si con una crítica mordaz murmurara sus mas arreglados institutos, seguramente se me podia tener por un herege impolitico; pero si no declamo contra su utilidad, ni hablo contra sus patronos, ni murmuro sus constituciones, sino que solamente aseguro que es muy fácil que se corrompa en ellas la inocencia con la ocasion tan próxima de la compañía de los malos, creo que nada digo que no sea una verdad indisputable. Puedo asegurarte con dolor, que mas de cuatro maldades ignorara yo hasta el día, si no hubiera estado en escuelas ni colegios. ¡Felices aquellos niños que conservan su pureza intacta en medio de los malos ejemplos de los compañeros! Semejantes almas son prodigiosas en este siglo miserable. El rocío que se cuajó solamente en la piel de Gedeon, la zarza que vió Moisés arder sin consumirse, los niños que salieron ilesos de las voraces lla-

mas del horno de Babilonia, y la seguridad con que los Israelitas pasaron por en medio del mar, son estremos de comparacion, pero son unos acaecimientos milagrosos que no se deben esperar todos los dias.

Lo que vemos á cada instante es que una chispa forma una hoguera, un miasma corrompido derrama una peste mortifera, y una gota de vinagre corta un gran vaso de leche: y de aquí debemos inferir que un solo muchacho ó jóven perverso es bastante á malar ó corromper con su ejemplo á muchos niños inocentes y candorosos.

En una palabra, y para que tu entendimiento se tranquilice, digo: que el padre ó madre, que no sabe ó no puede iustruir á sus hijos por sí en su casa, hará bien; y aun debe confiarlos al cuidado de los maestros públicos; pero el que no necesite de ellos y tenga proporcion, hará mejor en tomarse ese trabajo, pues llegarán al mismo fin, sin pasar tantos peligros.

Matildita, continuaba el coronel, si yo pudiera descubrirte las cosas que se ven frecuentemente en las casas de comunidad de que te hablo, se escandalizara tu pudor. No quiero, no, lastimar tu conyugal pureza. Bástame el saberlas, y el procurar que mi hija no se esponga á estos tan inminentes riesgos, para creer que tú habrás accedido gustosa en que la

quite de la amiga, por mas que esta sea de las mejores.

A este punto llegaba en su conversacion D. Rodrigo, cuando entró el lacayo de D. Dionisio, diciendo que su amo lo esperaba á comer con su familia. Era dia de *frasca* de los muchos que ca la mes ocurrian en su casa.

El coronel, que entendia muy bien las leyes de la política, que es el arte de saber vivir; inmediatamente se levantó y fuimos todos á la mesa, donde pasó lo que se sabrá en el capitulo siguiente.

#### CAPITULO VIII.

*En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres.*

CUANDO nuestro coronel entró con su familia, ya estaban en disposicion de hacer lo mismo todos los de la casa de D. Dionisio, quienes luego que lo vieron lo saludaron cortesmente y nos sentamos todos á comer.

Entre las visitas que habia, estaba un señor jóven y de narices abultadas, á quien conoceremos con el nombre de *Licenciado Narices*, pues así le puso Doña Eufrosina, que era diestrisima en esto de poner nombres.

Luego que ella tuvo lugar de hablar, dijo al coro-